

Gerardo Necochea Gracia | Pablo Pozzi

Cuéntame cómo fue

Introducción a la historia oral





COLECCIÓN EN DEFENSA DE LA HISTORIA
Dirigida por Pablo Pozzi

Pablo Pozzi y Gerardo Necochea Gracia
Cuéntame como fue: Introducción a la historia oral. 1a ed. Buenos Aires.
Imago Mundi, 2008.
160 p. ; 24x17 cm.
ISBN 978-950-793-079-9
1. Historia Oral. I. Título
CDD 306.9
Fecha de catalogación: 04/07/2008

©2008, Pablo Pozzi
©2008, Gerardo Necochea Gracia
©Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con \LaTeX 2_ε
©2008, Ediciones Imago Mundi
Distribución: Av. Entre Ríos 1055, local 36
email: info@imagomundi.com.ar
website: www.imagomundi.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 1.000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 2008 en los talleres gráficos CARYBE EDITARE, Chile 862 planta baja «C», Ciudad de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Prólogo	1
Gerardo Necochea Gracia Pablo Pozzi	1
Historia oral: repensar la historia	3
Pablo Pozzi	3
Una historia (y celebración) del <i>Círculo Gianni Bosio</i>	13
Alessandro Portelli. Tomado de <i>Taller. Revista de Cultura, Sociedad y Política</i> . Vol. 4, N° 10 (Buenos Aires: julio, 1999). Traducción: M á rgara Averbach.	13
Tres alternativas metodológicas: historia de vida, historia temática y tradición oral	31
Jos é Carlos Sebe Bom Meihy. Tomado de Cuauht é moc Velasco Á vila, coord. <i>Historia y testimonios orales</i> . M é xico: INAH. 31	
La búsqueda de la identidad en las historias de vida	43
Andr é Gattaz. Tomado de <i>Secuencia</i> 43. M é xico: Instituto Mora, 1999.	43
Historia social y testimonios orales	47
Steven Lief Adleson Mario Camarena Hilda Iparraguirre. Tomado de <i>Cuicuilco</i> 22 M é xico: ENAH/INAH, mayo 1990.	47
¡Absalón, Absalón!: la historia oral y la literatura	59
Alessandro Portelli. La primera versi ó n, publicado como «El discurso cotidiano e el discurso letterario», apareci ó en F. Mariani ed. <i>Letteratura, Percorsi possibili</i> . Ravenna: Longo Editore, 1983. Tomado de <i>Taller. Revista de Cultura, Sociedad y Política</i> . Vol. 5, N º 13 (Buenos Aires: julio, 2000). Traducci ó n: M á rgara Averbach.	59
Continuidad, ruptura y ciclo en la historia oral	73
Mario Camarena Gerardo Necochea Gracia. Tomado de Cuauht é moc Velasco Á vila, op. cit.	73

Fuentes orales e historia obrera: el caso de los zapateros en Costa Rica	85
Víctor Hugo Acuña Ortega. Tomado de <i>Secuencia</i> 13 (México: Instituto Mora, enero-abril, 1989).	85
El análisis en la historia oral	97
Gerardo Necochea Gracia. Tomado de Mario Camarena y Lourdes Villafuerte García, coord. <i>Los andamios del historiador. Construcción y tratamiento de fuentes</i> . México: INAH-CONACULTA-AGN.	97
La memoria de los políticos: sobre la pérdida y la recuperación de su estelaridad	113
Silvia Dutrénit Bielous. Instituto Mora. Tomado de Graciela de Garay comp. <i>Cuéntame tu vida: Historia oral, historias de vida</i> . México: Instituto Mora, 1997.	113
Memoria y socialismo	121
Pablo Pozzi Alejandro Schneider. Tomado de <i>Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política</i> . Vol. 3, N° 6 (Buenos Aires: abril, 1998).	121
Culturas militantes	145
Laura Pasquali Guillermo Ríos Cristina Viano. Tomado de <i>Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política</i> . Vol. 8, N° 23 (Buenos Aires: marzo, 2006).	145
Incluir los sentimientos: darse a conocer a uno mismo a través del testimonio político personal	157
Jo Stanley. Tomado de <i>Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política</i> . Vol. 6, N° 18 (Buenos Aires: abril, 2002). Una primera versión de este trabajo apareció en <i>Oral History</i> (primavera de 1996). Vol. 24, N° 1. Traducción: Valeria Marcó del Pont.	157
La historia oral en la escuela: guía de proyecto y entrevista	177
Dora Schwarzstein	177
Bibliografía	205

Prólogo

Toda antología arriesga la inmediata crítica de ser parcial e incompleta; y no hay antología ideal. Al mismo tiempo, toda antología es útil porque reúne textos que de otra manera requerirían invertir más tiempo y dinero. Así pues, las antologías son un acto de equilibrio cuyo punto de apoyo es la pertinencia del momento. Creemos que los textos aquí seleccionados alcanzan este equilibrio y lo seguirán haciendo por unos años. Ya más adelante aparecerán otras antologías.

La historia oral, a pesar de su larga trayectoria en la investigación histórica, mantiene el sentido de novedad, de improvisación creativa, de campo en formación y discusión –y sin duda ahí reside buena parte de su atractivo–. Éstas dos razones, pertinencia y atractivo, explican la publicación de esta antología.

Hay una intención, no sólo en los textos seleccionados sino en su particular acomodo. Para nosotros los editores, es importante situar a la historia oral dentro del más amplio campo de la historia social, pero no de cualquier historia social. Nos referimos al esfuerzo que fue delineándose en la segunda mitad del siglo XX por entender las relaciones sociales que conforman a una sociedad determinada desde la experiencia del *hombre y la mujer común*. Nos es también importante situar a la historia oral, además de método y técnica de investigación o el recurso a una nueva fuente, como una práctica que cuestiona los fundamentos de la disciplina, a la vez que abre caminos convergentes entre investigación y activismo político. Sin duda, es mucho reclamar para tan sólo una antología de historia oral. Y hay más. También nos pareció importante reunir principalmente textos escritos por latinoamericanos, porque nos dirigimos a lectores latinoamericanos que usualmente tienen mayor acceso a textos de europeos y estadounidenses. Detrás de esta aviesa intención hay una pregunta: ¿existe un cuerpo de preocupaciones afines que dibujan una historia oral latinoamericana distinguible de la europea o estadounidense?

La presente antología no presta atención a los aspectos más bien técnicos de la historia oral. Ya una generación anterior de historiadores orales resolvió de manera satisfactoria esos problemas y es innecesaria otra compilación de textos sobre cómo y a quién entrevistar, cómo transcribir, hacer archivos, conservar las cintas y otra buena cantidad de asuntos

prácticos emanados de la historia oral. La selección de textos en cambio da importancia a las particularidades de una fuente conformada por la memoria, la oralidad y la entrevista. El ordenamiento de los textos está precisamente en función de problematizar la fuente oral y establecer un campo de discusión y uso para la historia oral. Finalmente, selección y acomodo tienen también la finalidad de mostrar a la historia oral en acción, es decir, en sus resultados. A fin de cuentas, la historia oral se sostiene o no por sus méritos en campaña y no por la verbosidad de sus practicantes. Además, y esto es importante, para una nueva generación de historiadores orales el reto reside en mostrar cómo la historia recibida cambia su faz cuando entra la evidencia de la historia oral.

Más allá de lo anterior, hemos puesto al final, un texto de Dora Schwarzstein sobre la historia oral y su aplicación en el aula que es más técnico. La intención fue proveer a los posibles lectores de un elemento que permitiera «ser» a la historia oral en acción, a partir de su aplicación concreta en la escuela.

Todos sabemos que el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones, por ello convidamos al lector a no incomodarse por el calor en lo que se deja llevar por los autores y sus textos.

Gerardo Necochea Gracia y Pablo Pozzi

Historia oral: repensar la historia

Pablo Pozzi

.....

«A los 15 años me despiden por agitar a los compañeros de trabajo. Para que no haya lío los patrones me recomiendan a un taller metalúrgico para cuando termine la escuela. Entré ahí por el tiempo de las vacaciones. Mientras tanto iba al secundario. En cuarto año, un profesor nos daba matemáticas. Decía que para entender las matemáticas había que entender al peronismo, y viceversa. Entonces, la clase era una hora de política peronista y una hora de matemáticas. Siempre empujaba con la historia del peronismo. Ahí me politizo unilateralmente puesto que el profesor sólo hablaba de la grandeza de Perón y de que lo más noble era ir a trabajar a una fábrica de aviones. Para hacer la Argentina grande. El profesor también nos decía que los peronistas son los que vienen desde abajo: los de la base. Además, empiezo a frecuentar músicos que mi padre traía a casa: eran más politizados y hablaban de la revolución. Decían que había que hacer algo. Eran *zurdos peronistas*».¹

«Pusieron un aviso tal día se hace la elección acá, en la sección mía, y salí por unanimidad. Los reputeaba a los negros, la puta que los parió [*risas*] yo no quiero ser delegado, me van a echar a la mierda, porque a todos los echaban a la mierda. Entonces, yo no quería saber nada, pero bueno, salí por unanimidad. Bah, agarré y ya una vez que agarré bueno éste... viví todo el proceso de una huelga, qué sé yo, hice una gran experiencia, y me di cuenta que había muchas cosas que yo no entendía. Yo le tenía terror a los comunistas, pero terror, me

1. Entrevista con Mario, Córdoba 28 de febrero de 1994. En: Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *Los setentistas. Izquierda y clase obrera*. Buenos Aires: EUDEBA, 2000.

parecía que tenían cara rara, que tenían mirada... de... así claro así... yo me acuerdo había un tal Nicolás y tenía unos ojos grandes así y saltones y yo decía “qué cara de comunista que tiene este tipo”. ¡Mirá la imagen que tendría yo! Pero terrible, terrible. Y... y tenía un amigo que era del PC, muy combativo, muy combativo, está desaparecido ese muchacho, lo secuestraron... figura en los desaparecidos, era muy combativo, y él me hablaba siempre. [...] Éste... resulta que en el 65 se produce la invasión a Santo Domingo, y nosotros estábamos en una asamblea por la discusión del convenio, y en un determinado momento este muchacho pide la palabra y dice... que quería que la asamblea hiciera un repudio contra los *marines* yanquis que estaban invadiendo Santo Domingo. Yo lo silbé hasta con los pies. ¡Lo silbaba todo el mundo! Yo decía: “¡pero, che negro pelotudo, pero qué mierda tendrá que ver Santo Domingo con nosotros que estamos discutiendo un convenio colectivo! ¡Dejáme de hinchar las bolas!”. Y lloraba el pobre negro... Éste... y bueno después con el tiempo pude entender. Cuando perdimos la huelga en el 65 yo dije, acá esto es un quilombo. Y entonces yo dije “bueno yo tengo que ponerme a estudiar”. Y me puse a estudiar, me puse a estudiar por mis propios medios estudié, estudié, estudié, fui buscando y digo: “¡puta madre, tengo que ser zurdo!” [risas] Fue a través de un proceso muy muy duro, porque yo era nacionalista, yo siempre me reivindicé como un nacionalista».²

En una conferencia reciente el historiador y crítico literario italiano Alessandro Portelli señaló que la pregunta inicial que disparó su investigación sobre la masacre de las Fosas Ardeatinas en 1944 fue ¿por qué había ganado Berlusconi las elecciones italianas?³ A su vez Eric Hobsbawm recordaba que «la historia es siempre historia contemporánea disfrazada».⁴ El historiador social contemporáneo se ve permanentemente desafiado por la dialéctica entre el presente y el pasado. Estudiar la actividad de la sociedad ayer, implica necesariamente reflexionar sobre sociedad actual.

Uno de los aspectos centrales de esta reflexión es la consideración de la cultura obrera como elemento movilizador, como visión de mundo, como

2. Entrevista con Gregorio Flores, Buenos Aires, 28 de septiembre de 1994. En Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. op. cit.

3. Alessandro Portelli. *La orden ya fue ejecutada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

4. Eric Hobsbawm. «El presente como historia»; en *Sobre la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, 1998.

articulador de un accionar clasista concreto. En este sentido los estudios de los marxistas ingleses, tales como Raphael Samuel,⁵ E. P. Thompson,⁶ y el mismo Eric Hobsbawm⁷ son sugerentes. A su vez, esto nos obliga como historiadores sociales a considerar todos los aspectos del sujeto social integrándolos en la perspectiva que todo aporta a comprender la actividad de los grupos humanos. Rastreando algunas de estas tradiciones en los trabajadores argentinos, encontramos una cantidad de nociones clasistas que se vivían no como «política» o «ideología», sino como «comportamiento correcto», como «sentido común».⁸ Así notamos un sincretismo entre prácticas obreras internacionalistas y tradiciones locales que generaron una cultura en particular con una fuerte impronta clasista y combativa. De hecho, se conformaron en tradiciones, memorias, experiencias y un sentido común que dio por resultado una fuerte conciencia «en sí» de los obreros argentinos, que fueron el elemento subyacente y homogeneizador clasista, desde la Semana Roja de 1909 hasta las fábricas autogestionadas en la actualidad.

Desde una disciplina marcada por la impronta del positivismo rankeano, ¿cómo aproximarse al estudio de la subjetividad de los grupos sociales? ¿Cómo trazar la permanencia de tradiciones, sentidos, prácticas comunes? ¿Cómo aproximarse a un análisis en profundidad de ese «sentido común» que marca los comportamientos humanos tomando en cuenta su evolución en una época histórica determinada? La respuesta a éstos, y muchos otros interrogantes, se encuentra en la historia oral.

Los dos fragmentos de entrevistas citados más arriba deberían resultar más que sugerentes para cualquier interesado en la historia de los trabajadores argentinos. Especialmente porque parecen indicar que la percepción que hemos tenido sobre los obreros argentinos no se condice con la realidad. En ambos parece quedar claro que el clasismo es más importante que la adhesión política; que el macartismo peronista existió pero con límites entre los trabajadores comunes; y que el proceso de politización

5. Raphael Samuel. «The Lost World of British Communism». *New Left Review* 154, noviembre-diciembre 1985. Y «The Lost World of British Communism: Two Texts». *New Left Review* 155, enero-febrero 1986. El texto completo de la investigación fue publicado en 1988 como *The Lost World of British Communism*.

6. E. P. Thompson. *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*. Nueva York: The New Press, 1991. (Hay edición en castellano, Crítica, Barcelona)

7. Eric Hobsbawm. *El mundo del trabajo*. Barcelona: Editorial Crítica, 1987. Véase particularmente el artículo sobre «La transformación de los rituales obreros».

8. Muchos de estos planteos se basan en la sugerente obra de Raymond Williams. En particular, véase *Resources of Hope. Culture, Democracy, Socialism*. Londres: Verso Books, 1989.

y militancia de izquierda tuvo más que ver con la experiencia de la vida obrera que con propuestas programáticas. Esto parece indicar una politización muy amplia y mucho más heterogénea y fluida de lo que hemos supuesto hasta ahora, lo cual nos llevaría a reconsiderar distintos aspectos sobre la estructuración de la sociedad política argentina contemporánea.

Evidentemente lo importante de estos testimonios no es la veracidad de los mismos, sino más bien la posibilidad de rastrear sentimientos a través del tiempo. En toda memoria y en todo mito podemos encontrar elementos de hechos y de sentimientos de la época. La memoria política no se da desde el hoy hacia el pasado, es más bien una relación dialéctica de ambos y entre esto y la vida y la cultura del entrevistado. Así, se asemeja sobre todo a una estructura en solución⁹ o a una experiencia dinámica y viva cuyas lecciones y utilidades son siempre cambiantes aunque ancladas en un pasado real. Cada testimonio en particular marca diferencias y similitudes en la memoria de los trabajadores argentinos. Las similitudes en la descripción y perspectiva que brindan los mismos testimonios, más allá del origen regional, del oficio, el género y la ideología que detentaban, reflejan una serie de tradiciones (casi un folclore) que pueden ser interpretados como una «cultura obrera o izquierdista». Estas tradiciones se traducen en mitos que expresan estructuras de sentimientos comunes a todos los obreros argentinos. Al mismo tiempo, las diferencias en lenguaje, en el discurso y en la valoración del pasado implican una resignificación desde el hoy. La experiencia de vida, la actual postura política, e inclusive la clase social han marcado fuertemente la memoria. Tomado en conjunto, este tipo de testimonio parece encerrar una singular vitalidad y una permanente actualización del ideario obrero que se convierte en una ideología subalterna y contestataria.¹⁰ Si tomamos en cuenta fuentes históricas como las anteriores, lo que cobra una importancia fundamental es incorporar la subjetividad política al estudio histórico del período.

Si lo anterior se pudiera generalizar al conjunto de la clase obrera, entonces nos encontramos ante un problema mayúsculo: ¿cómo recuperar la historia de los obreros argentinos? ¿cómo rescatar la trayectoria de militancia de tantas y tantas generaciones? ¿Cómo profundizar en una historia oculta, tergiversada y, sobre todo, olvidada? Una de las respuestas que van encontrando aquellos historiadores comprometidos con los trabajadores es la historia oral. Ésta provee un acceso privilegiado a la subjetividad de esta realidad. Es en el ámbito de la memoria, de los recuerdos, de

9. Véase la discusión en torno a cultura y estructuras del sentimiento en Raymond Williams. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península, 1980.

10. Ideología en el sentido de un «sistema de creencias característico de un grupo o una clase particular» y un «proceso general de producción de significados e ideas». Raymond Williams. op.cit., p. 71.

las formas de expresarlos, donde podemos rastrear esa subjetividad que subyace en los comportamientos sociales.

La utilización de testimonios orales para reconstruir el pasado es un recurso tan antiguo como la historia misma. La historia oral, en cambio, ya sea que la consideremos como una especialidad dentro del campo historiográfico o como una técnica específica de investigación contemporánea al servicio de varias disciplinas, es un producto del siglo XX que enriqueció sustancialmente el conocimiento de la historia contemporánea.

La historia oral y la tradición sirven de fundamento para reescribir la historia, pero también para combatir las injusticias del pasado. Pueblos que fueron conquistados o colonizados, en el presente recurren a su tradición oral y rescatan su memoria para reclamar derechos territoriales, lingüísticos, o para recuperar una identidad cultural propia; sobrevivientes de la lucha en contra de regímenes militares u opresivos, cuestionan hoy la historia oficial con sus memorias subterráneas y reclaman el reconocimiento social y el castigo legal de los responsables de violar los derechos humanos. Aunque en modo menos dramático, la gente común exige respeto para sus memorias y tradiciones. Las investigaciones basadas en historia oral y, en ocasiones, los propios historiadores orales, intervienen en el marco jurídico-legal en tanto la memoria y la tradición oral constituyen la evidencia que sustenta las demandas de restitución de los pueblos, ya sea de tierras o de dignidad.

Bien se trate de una revalorización de las fuentes orales frente al imperio de «lo escrito», del logro de una comunicación más fluida entre historiadores y otros científicos sociales o de la apuesta por una historia más democrática, lo cierto es que lo que surgió como un *movimiento de renovación historiográfica y aún de compromiso político* es hoy asumido como una especialidad reconocida mundialmente que nos exige una mayor reflexión y labor interdisciplinaria, a la vez que supone nuevos desafíos en el ejercicio de la actividad investigativa, la docencia y la acción comunitaria. Por supuesto lo que debería quedar claro es que las fuentes orales no se limitan únicamente a las entrevistas; por el contrario, anécdotas, canciones, cuentos, folclore, poemas, y un sinnúmero de formas de transmisión oral son recursos para hacer historia oral.

En general, hemos considerado a la historia como algo profundamente ligado a las fuentes escritas. Esta noción derivada de la visión rankeana (y considerada científica) tiene algo que ver, pero no mucho, con la historia de los pueblos. Los irlandeses tenían sus bardos, los griegos sus tragedias, la oralidad de los incas; todas fueron formas de transmitir la historia. Ésta tiene varias funciones: una es la legitimación de un tipo de sociedad determinado; otra es la de la memoria y transmisión de la experiencia, digamos las lecciones del pasado; una última, es la de la constitución de un

grupo social a través de la creación de una historia compartida que define identidades colectivas. Así, la historia oral se convierte en la base material necesaria del sentido común y de las estructuras de sentimiento imprescindibles, tanto para la dominación como para la liberación del oprimido. En este sentido, la oralidad es la forma más antigua de transmisión del conocimiento histórico.

Sin embargo, *no toda cuestión oral es historia oral*. Existen múltiples formas de testimonios, que son válidas y útiles, pero que no son historia oral. La labor de entrevista que hace un periodista es oralidad; el trabajo de antropología cultural también lo es; y ni hablar del análisis lingüístico y del discurso. En el caso de la historia oral sus pautas distintivas tienen que ver sobre todo con el hecho de que a través de la oralidad se trata de disparar la memoria para construir una fuente que nos aporte a lograr una forma más completa de comprensión del proceso social.

Si la historia es el ser humano, en sociedad y a través del tiempo, entonces la historia oral provee una fuente al investigador para aprehender tanto la subjetividad de una época, como para percibir una serie de datos que de otra manera no han quedado registrados. Digamos, el testimonio (más allá de su belleza o cualidad emocionante) tiene sentido para el historiador mucho más allá de su construcción como discurso, como narración, o como imaginario. Su sentido lo da (o no) el que provee una ventana particular para mejorar nuestra comprensión de una sociedad determinada. Así, el historiador oral debe utilizar no sólo las técnicas del entrevistador sino sobre todo las del historiador, tomando todos los recaudos necesarios tanto al interrogar la fuente como al construir una explicación a partir de ella. Si no hay explicación, si no hay proceso, si el uso de la oralidad no sirve para explicar el proceso histórico, entonces el análisis puede ser válido y hermoso pero no es historia oral.

Por otro lado, y debemos aclararlo, de ninguna manera es la historia oral la historia de «los sin voz». Como toda historia, es una construcción del historiador con los protagonistas. Lo que sí permite, es acceder a sectores no dominantes de maneras innovadoras. O sea, sino fuera por la historia oral en general, todo lo que podemos hacer es ver a los oprimidos a través de las fuentes gestadas por los opresores.

Para algunos la historia oral es una construcción, una narrativa, mientras que para otros es una forma de aproximación a los sectores sociales «sin historia»; en algunos casos es considerada como una metodología de investigación mientras que en otros es vista como una rama de la historia equiparable a la historia social o económica. Para amplios sectores profesionales la historia oral, por su subjetividad, es una mera construcción literaria, mientras que para quienes la practican ha significado una profunda renovación intelectual. Además de lo dicotómico (en apariencia)

de estas posturas, las mismas formas de «hacer» historia oral varían ampliamente entre los que se dedican a ella. Más allá de que simpatizamos más con algunas que con otras posturas, lo que nos parece importante es que la oralidad obliga al diálogo entre disciplinas cuyas fronteras eran tenidas como estrictas, y asimismo nos fuerza a confrontar con lo que es el sujeto social por excelencia de toda ciencia social: el ser humano.

Por todo lo anterior, y quizás debido a su heterogeneidad, la historia oral ha sido, y pretende seguir siendo, producto de un movimiento de cambio progresista en las ciencias sociales centrado en el rescate de la memoria colectiva social e individual. En este sentido, se apuesta a contribuir en alguna medida a una «formación» que incida en el futuro y desde los diversos ámbitos posibles a perfilar una sociedad más democrática, más plural y más justa. La utilización de testimonios orales para reconstruir el pasado es un recurso tan antiguo como la historia misma.

La historia oral tiene una larga tradición en América latina que se remonta, particularmente, a la creación en 1956 del Archivo Sonoro del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México; proyecto que sin duda establecía los cimientos para el desarrollo de la historia oral y sería el antecedente indiscutible del Archivo de la Palabra que el propio INAH estableció en 1972. Fue ese archivo el que rescató, en forma más completa, la memoria de la Revolución Mexicana a través de los testimonios de sus sobrevivientes. Y fue gracias a estos testimonios que la historia de la primera revolución del siglo XX se pudo complejizar alejándose de la hagiografía tan grata a la ideología oficial del PRI mexicano. Asimismo, podemos destacar el valor del trabajo que se ha realizado en Brasil, fundamentalmente partiendo del esfuerzo del programa de historia oral CPDOC en la Fundación Getulio Vargas, sin dejar de lado los importantes desarrollos en toda la década de 1980 en países como Venezuela, Guatemala, Nicaragua, Cuba, Perú, y Puerto Rico. Reflejo de este desarrollo fue el Primer Encuentro de Historiadores Orales de América latina y España organizado en México en 1988.

En el caso argentino, si bien la historia oral se remonta a la creación del archivo oral del Instituto Di Tella, la realidad es que ésta inicia su desarrollo como rama de los estudios históricos recién a mediados de la década de 1980.¹¹ En ese momento, la labor de Lilliana Barela y el Instituto Histórico para recuperar la historia de los barrios de la Ciudad de Buenos Aires, la investigación de Dora Schwarzstein sobre el exilio republicano español en el Río de la Plata, la de Ernesto Salas sobre la Resistencia Peronista, y la mía sobre la actividad de los trabajadores durante la dictadura de 1976-1983, constituyeron los primeros esbozos de una actividad aca-

11. No está de más recordar que Hebe Clementi fue en este tema una pionera en la Argentina.

démica en torno a la historia oral. Schwarzstein junto con Pablo Yankelevich conformaron en 1988 el primer proyecto institucional universitario argentino al encarar la historia oral de la Universidad de Buenos Aires. El notable desarrollo de este proyecto fue presentado en el Primer Encuentro de Historiadores Orales donde ambos investigadores presentaron el trabajo «historia oral y fuentes escritas en la historia de una institución. La Universidad de Buenos Aires 1955-1966» que daba cuenta del esfuerzo coordinado por ambos en la Universidad de Buenos Aires, el cual logró reunir más de cien entrevistas y editar algunas publicaciones.

Recién una década después del retorno del sistema electoral en Argentina, se multiplicaron los trabajos de investigación histórica que, abarcando diferentes temáticas, apelaron al uso de testimonios orales. En diferentes provincias existen desde hace varios años iniciativas individuales o institucionales, provenientes del ámbito universitario o de la enseñanza media y también de otras organizaciones públicas o privadas, que persiguiendo diferentes fines se encuentran involucradas en proyectos de historia oral. Es así que Schwarzstein dio cuenta de este desarrollo en la Argentina señalando que: «Es recién en la década del 80 que la historia oral alcanza un desarrollo significativo [...], con vinculaciones más o menos intensas a los ámbitos universitarios, asociada a una preocupación creciente por la cultura obrera, la historia de las mentalidades...».¹² Debemos aclarar que necesariamente esta afirmación debe ser matizada puesto que para gran parte de los historiadores argentinos la oralidad no constituía una fuente histórica aceptable en la década de 1980. Sin embargo, debemos señalar tanto la creación del Programa de historia oral en la UBA en 1991, como la sección dedicada a la historia oral del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, marcaron el comienzo de una aceptación institucional para la historia oral.

En la década de 1990 la historia oral se constituyó como un área de estudios con entidad propia desarrollando una serie de proyectos a distintos niveles, tanto universitarios como locales, tanto públicos como privados. Cada uno de estos esfuerzos ha constituido acervos parciales de fuentes orales. A modo de ejemplo podemos mencionar el Programa de historia oral de la Universidad de Buenos Aires; «Archivo de la Palabra» del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba; el Centro de Documentación de HIJOS; la Fundación Memoria Abierta; el Centro de Información y Relevamiento de Fuentes Orales de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Unidad Caleta Olivia que edita la *Revista Patagónica de historia oral*; el Programa de historia oral de la Municipali-

12. Dora Schwarzstein, «La historia oral en América latina», *Historia y Fuente Oral. Por una historia sin adjetivos*. Universitat de Barcelona, N° 14, año 1995, pp. 42.

dad de la ciudad de Córdoba; y el Programa de historia oral del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires (IHCBA) que edita regularmente la publicación *Voces Recobradas* y que, conjuntamente con el Programa de historia oral de Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, organiza el Encuentro Nacional de historia oral.

Todo el proceso de la historia oral en la Argentina ha sido, indudablemente, conflictivo. Por un lado, aquellos que la visualizan como una herramienta necesaria para la realización de una forma contestataria de hacer historia. Para estos historiadores, entre los que me incluyo, al rescatar la memoria de aquellos marginados por la historiografía oficial, la historia oral encierra una naturaleza *subversiva*. Para otros, discípulos de algunos europeos o de la academia estadounidense, la historia oral sirve para registrar los recuerdos de presidentes, empresarios, generales, considerados los «actores» de la historia. Por supuesto todo es válido y tiene utilidad, pero ambas posturas encierran una visión profundamente política e ideológica en torno a la historia y a una herramienta como la historia oral. El mismo concepto de «actores» implica que la sociedad y su historia es vista como un escenario donde se representa una obra de teatro donde entran y salen actores del escenario mientras la mayoría asisten sólo como espectadores. Así, si bien la memoria de estos «notables» es útil, también la podemos encontrar en buena parte de las fuentes escritas. En cambio, la memoria de «los de abajo» tiene un tipo distinto de utilidad: aquélla de rescatar la historia silenciada desde el poder. Pero más aún, la importancia de esta historia oral subversiva es que en el mismo proceso de hacerla genera conciencia en el entrevistado sobre su protagonismo como gestor de la historia. Así la historia oral, tiene un efecto movilizador, al mismo tiempo que subversivo, y nos permite un acceso como nos permite comenzar a vislumbrar la subjetividad de las grandes masas, los trabajadores y el pueblo.

Por todo lo anterior, y quizás debido a su heterogeneidad, la historia oral ha sido, y pretende seguir siendo, producto de un movimiento de cambio progresista en las ciencias sociales centrado en el rescate de la memoria colectiva social e individual. En este sentido, se apuesta a contribuir en alguna medida a una «formación» que incida en el futuro y desde los diversos ámbitos posibles a perfilar una sociedad más democrática, más plural y más justa. La utilización de testimonios orales para reconstruir el pasado es un recurso tan antiguo como la historia misma. La historia oral en cambio, ya sea que la consideremos como una especialidad dentro del campo historiográfico o como una técnica específica de investigación contemporánea al servicio de varias disciplinas, es un producto del siglo XX que enriqueció sustancialmente el conocimiento de la historia contemporánea.